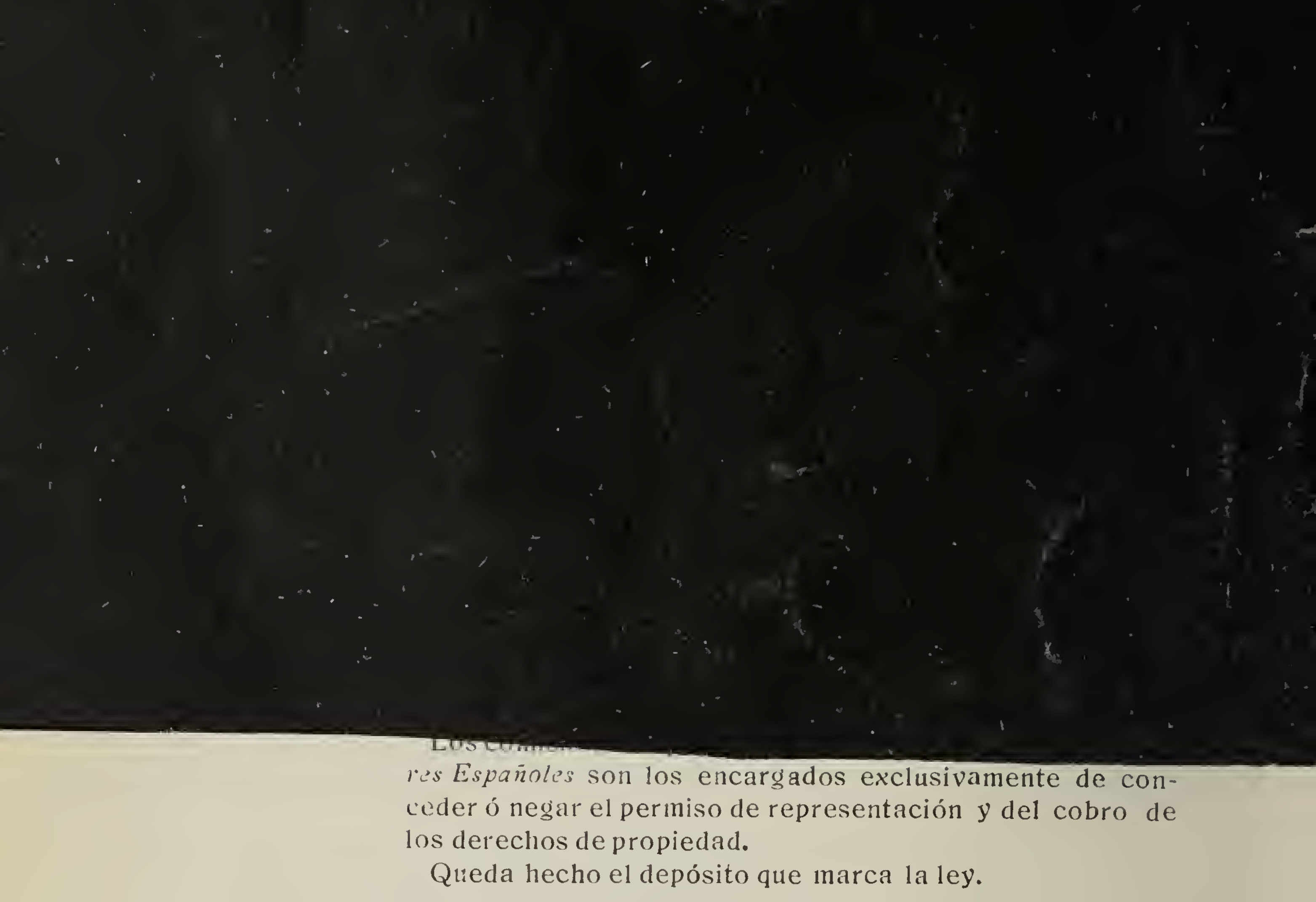
PALIQUE DE NOVIOS



Los co

res Españoles son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

PALIQUE DE NOVIOS

CASI DIÁLOGO, EN PROSA

DE

FERNANDO GARCÍA JIMENO.

Estrenado en el TEATRO LOPEZ DE AYALA,

de Badajoz, el 25 de Abril de 1907.



BADAJOZ

Antonio Arqueros.

IMPRESOR

1907

A Don Luis Grande
Baudessón,

Inspirado y mudo cantor de la «Reja de los claveles», su afectísimo y entusiasta amigo,

Fernando García Jimeno.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
GLORIA	Sra. Rustani (Concepción)
DOÑA PURA	» Cayre (Gloria)
ARTURO	Sr. Domínguez (José)
ALONSO	» Domínguez (Luis)

Varios estudiantes



PALIQUE DE NOVIOS

Calle ancha de una capital de provincia de segundo orden. A la derecha del actor, casa con esquina de chaflán. En el chaflán precisamente una reja al estilo de las de Andalucía, con marco de campanillas; sobre la poyata, un tiesto de claveles grana. A la mitad de la fachada, subiendo hácia el foro, la puerta de la casa. Al lado izquierdo de la calle, fachada principal de «El Alivio», pastelería; con una puerta de entrada á cada lado, y escaparate al medio. Un toldo, para hacer sombra; en la caida del toldo, el nombre del establecimiento; en la parte baja de la fachada, varias sillas al hilo, en espera de los veladores correspondientes. Es una mañana del mes de Junio, con mucho sol.

Al levantarse el telón, Alonso limpia el cristal del escaparate. Alonso es un muchacho grande con corazón de compota. Viste blusa clara, hasta la rodilla; lavada.

Mientras limpia, canta y dice su cosita; lo hablado con naturalidad ribeteada de picardía; acompañando los cantables con música de una zarzuela popular. Desde luego deberá apreciarse que el chico no es primer premio del Conservatorio.

ALONSO. (Cantando).

«Moja un bizcochito
en mi pocillito
que está calentito
y te va á gustar.»

(Hablado). Pero qué bien canta el chocolate la Regúlez! No sé cómo no ha dado en quiebra doña Mariquita. Y qué pesao se pone el público pidiendo el chocolate! Como que á última hora no se cuidaba ya la tiple ni de colocar el pocillo!

(Cantando). «Tú no seas tonto
que se enfría pronto
y como se enfríe
no te gustará.»

(Hablado). Pues lo que es yo..., frio y todo. Me haría la cuenta que tomaba bombones.
(Aparecen por la calle, á la altura del foro, Doña Pura y Gloria; madre é hija respectivamente. Doña Pura es una señora de respeto, aunque fresca todavía; Gloria es una joven que se merece el nombre que tiene. Viste sombrero y lleva el traje á la altura del tobillo).

ALONSO. (Viéndolas aparecer). Pues anda; que si la vecinita sirviera chocolate..... Así está D. Arturo, que se le cae el chaleco.

D.ª PURA (Llegando á la altura de la puerta de la casa). Buenos dias, vecino.

GLORIA, Buenos dias.

ALONSO. Muy buenos. ¿Gustan ustedes refrescar?

D.ª PURA Gracias. Vamos á casa.

GLOR. Muchas gracias. (Alonso anuncia á Gloria con un guiño algo que á ella debe serla agradable).

D.ª PURA Jesús ¡qué bochorno! Y no son las once de la mañana todavía!

ALONSO. Es verdad que hace calor. Y eso que acabo de regar aquí.

D.ª PURA Hasta luego.

GLOR. Adios. (Como si hubiera comprendido la seña de Alonso).

ALONSO. Hasta luego. (Más alto, cuando han entrado ellas en la casa). Que ustedes descansen. (Dejándose caer cómicamente en una silla, como abatido por la emoción). ¡Uf! ver á la vecina y romper á sudar, todo es uno! Me da lástima de D. Arturo. Y eso que ahora no hace más que pasear arriba y abajo, que es como estar de vacaciones—que le digo yo—; pero en cuanto lleve quince dias asistiendo á la clase (señalando á la ventana)..., va á tener que sustituir los pastelillos de crema por los de carne. (Aparece Arturo que viene calle abajo con la alegria de quien va de fiesta. Es jóven, como de

veinte años, de fisonomía franca y porte distinguido. Viste con elegancia natural, y usa lentes como por adorno, aunque realmente los necesita. En la mano derecha lleva un libro de texto con la misma despreocupación que si se tratase de un regalo para su mamá polítioa).

ALONS. (Al verlo aparecer), En nombrando al ruín de Roma.....

ARTU. (Llegando). Hola, Alonsillo.
Buenos dias. La soga tras el caldero (como si él mismo fuese el novio), Acaban de entrar.

ARTU. Pues no las he visto.

ALONS. Y que está la señorita Gloria, como la crema de hoy, cayéndose de tierna. ¡Je! ¡je! Voy á sacar un velador.

ARTU. Anda y no seas goloso. Hoy vengo resuelto á enamorar á esa mujer; y lo consigo. Para que diga luego Ramírez que es tan dura de pelar. (Se sienta. Alonso saca el velador, que coloca delante de Arturo, casi frente por frente de la ventana de Gloria).

ALONS. (Saliendo). Y esos exámenes?

ARTU. Tampoco entro hoy. Está enfermo el profesor de Química. Tráeme un «buen bocado» y una copa.

ALONS. (Con intención). Buen bocado, eh?

ARTU. Sí; quiero ir haciéndome el paladar. Anda pronto.

ALONS. Enseguida (entra).

ARTU. Estoy de patrona y de libros hasta la coronilla. Si dura el curso un mes más, llego á las vacaciones disecado. En quince dias peso cinco kilos menos; nada, que siguiendo así, se iba á encontrar mí padre con que en vez de un estudiante tenía un palillo para los dientes. Y ahora con este cariño que se me ha metído corazón adentro, me parece que voy á terminar haciendo números con los dedos.

ALONS. (Saliendo. Lleva en la mano un plato con pasteles, una copa y una botella). Aquí está esto. (Dejándolo sobre la mesa).

ARTU. (Mirando la botella). ¿Qué vino es?

ALONS. El de siempre.

ARTU. Ya sabes que no me gusta variar.

ALONS. De vino, no; de mujeres....

ARTU. De mujeres ya es otra cosa. No es por nada; pero me gusta conocer el personal. (Alonso se hace todo oidos. Por si al público no le hiciera gracia el parlamento, conviene que Alonso, al menos, se sonria, y algo es algo). En clase de fregonas las hay que *despepitan,* y se dejan arrullar por una sesión de cinematógrafo. A la última—que era una exigente—la tenía satisfecha con leerle las hazañas del *Pernales* y explicarle los grabados de *Los Sucesos*. Amores folletinescos, chico. El domingo de Piñata para conseguir llevarla al baile tuve que que disfrazarme de *Vivillo;* ¡con que no te digo más!

ALONS. ¡Jé! ¡jé! Estaria bueno.

ARTU. Ya lo creo. Como que tuve que descubrirme á los del órden, que tomaron en serio lo del disfraz. (Rien los dos, sin que pueda sospecharse que pertenecen á la «claque»).

ALONS. Otra copita?

ARTU. Ponla y bebe tú. (Vuelve á la carga, contando con que el respetable público no se haya cansado de palique). Pero así y todo, prefiero estos amores á los de algunas señoritas cúrsis. La niña del Delegado me dió calabazas, porque no paseé la calle más que tres dias, y á todos los pretendientes les ha hecho ganar el jubileo. Con la de la plazoleta del Sol rompí porque pretendió que hablásemos por la siesta y con sombrero bombín ¡casi nada!; y á la rubia de ahí al lado la dejé, porque se empeñaba en que acompañase con su hermano: un niño imbécil, que no fuma y que le huele el aliento.

ALONS. Esta, ya es otra cosa..... Sobre todo, tiene una criada que es más bonita que un dije.

ARTU. Pues anímate y emparentamos por el fogón. Yo

te protejo. (Mira el reloj de bolsillo, que marcará las once precisamente).

ALONS. Síempre tiene V. ganas de broma.

ARTU. Están al caer las once. Déjame y hasta luego. (Se levanta y coje el libro de texto, que ahora le pesará más que antes).

ALONS. Buena suerte.

ARTU. Gracias. Si vienen los amigos, que se esperen y los convidas; ¡qué diantre! lo he hecho en otras ocasiones y, no sé por qué, me parece que nunca tan bién empleado como ahora. (Alonso se marcha. Es preciso para que los novios hablen solos. Si le parece, puede consolarse pensando en la criada de Gloria. Arturo se acerca á la ventana). Estoy más nervioso que al ir á un exámen. Y es raro. A las otras me he declarado con la misma tranquilidad que si hablase á la pupilera (acercando el oido á la ventana) ya se acerca. Siento aquí (señalando al corazón ¡es natural!) su taconeo como un repique de sábado de gloria. (El actor queda facultado para suprimir el repique, si comprende que el público no está de humor de fiesta).

GLOR. (Abríendo las dos hojas, á tíempo que Arturo deja de escuchar). Buenos dias. (Gloria deberá vestir traje claro de mañana; delantal de encajes con bolsillos; en uno de estos guardará un pañolito usado de seda; al cuello, tapando el escote de la blusa, pero flojo, un pañolillo de corbata. Flores en el pelo y en el pecho, sin exageración. Asomándose), Buenos días.

ARTU. Y muy alegres. Como que acaban de abrirse las ventanítas del cielo.

GLOR. No se entusiasme, porque pueden cerrarse pronto.

ARTU. (Como si la cosa fuese de veras). No, por Dios, que se va á quedar la calle muy triste, si esconde V. esa cara de rosa. Y yo... yo no quiero decirle á V.!

GLOR. ¡Un dolor!

ARTU. Pero si hasta los claveles, desde que ha salido V., están más reventones; ¡y es el gozo de verla, que los esponja!

GLOR. (Afectando indiferencia). Para esto nada más me ha pedido V. que saliera?

ARTU. Para eso, y para mostrarle á V. mi corazón.

GLOR. Ni que fuera su corazón un periódico de modas; todos los dias va V. en busca de alguna muchacha para enseñárselo.

ARTU. (Queriendo sonreir). Siempre se exagera, aunque V. lo hace con gracia.

GLOR. Pero en toda exageración, con gracia ó sin ella, hay siempre un fondo de verdad.

ARTU. Está bién; Gloria, quiere V. oirme?

GLOR. Oirlo, por qué no?; escucharlo? también; creerlo... es más difícil.

ARTU. Si me escucha V., no; porque para dejar de creerme necesitaria cerrar los ojos á la luz y aún después de cerrados, continuaría la luz iluminándolos por dentro.

GLOR. Ya, ya tenía noticias de su arte de galantear.

ARTU. Gloria, V. me ofende. Yo he venido aquí para desnudarle mi alma y conseguir de V. que me crea.

GLOR. Pues yo le agradeceré que sea breve, porque deseo que pongamos fín á estos preliminares enojosos, bién sea para terminar saludándonos como amigos, ó despidiéndonos como desconocidos.

ARTU. No; entendiéndonos como enamorados.

GLOR. Creo que no. Oígame V., Arturo: cuando usted me dispensó la atención de pedirme esta entrevista, conocia yo sus travesuras de galanteador, su palabrería y su ingenio. Esto me había hecho fijarme alguna vez en su persona, y—he de serle franca, si no ha de juzgarme ligera por esta revelación—pareciome V. un joven simpático, pero de una simpatía peligrosa, por el influjo

de su carácter inconstante... impresionable... *volandero.*

ARTU. Sí, el héroe de la leyenda del *amor que pasa*, que cantó el poeta.

GLOR. Algo así.

ARTU. Pues oígame, Gloria: V. tiene derecho á mi sinceridad y yo siento la necesidad de serle ingénuo. No me han comprendido los que me creen un *volandero* del amor, cuando sólo soy una víctima de las apariencias sociales. Miré allá y acullá; quise alzar el altarcito de mi amor, y no encontré sitio adecuado. Jóvenes frívolas, más dispuestas para el egoismo que para la pasión; señoritas deseosas de novio como pudieran estarlo de un tocado ó de una seda, fueron las que hallé en mi camino. Esto no podía halagarme; no llenaba las aspiraciones de mi sér este culto de juguete, esta farsa de cariño... y no quise resignarme á la despreciable condición de un prendido... de una gasa.

GLOR. Es Vd. injusto con sus pasados amores.

ARTU. No, Gloria; es que ha llegado el momento de ofrendar mi corazón en el altar de mi culto. (Gloria rie con una carcajada de histerismo de amor. Arturo siente en el alma como el frío de un acero, porque la pasión no le deja apreciar los sones de plata de la carcajada de Gloria). Se burla usted, Gloria?

GLOR. (Tratando de reprimirse). No, perdone V.; me ha hecho reir esa frasecita de melodrama. ¡Hemos tomado tan serio este palique!; y la verdad es que no merece la pena.

ARTU. Para mí mucho.

GLOR. Para mí no. Hasta ahora sólo he podido apreciar su escuela de galanteador experimentado. ¿Y no pueden ser éstas las mismas artes que empleó con otras?

ARTU. ¿Y cree V. que valen las otras la sinceridad de este arte, como V. lo llama?

GLOR. A lo sumo podré creer que me ha hecho V. el

honor de una habllidad nueva, pero nada más. Y piensa que esto es bastante para que dé al olvido la historia de sus aventuras? Además, ¿quién me dice que ahora mismo no paso yo á sus ojos por una de esas jóvenes con alma de gasas y corazón de tules de que me hablaba usted hace un momento?

ARTU. Es V. maestra en el manejo de la ironía y sabe graduarla hasta el sarcasmo. Júzgueme como quiera si saqué á relucir aquí los andrajos de los amores viejos; pero no tenga la crueldad de creerme un farsante. Medios tiene *V.* en todo caso de someter á prueba mi conducta, de aquilatar la sinceridad de mi afecto.

GLOR. Lo mismo que diría V. á Merceditas Luján; palabra más, palabra menos, las mismas con que engañó á Teresita López, mientras que con otra s artes se conquistaba el amor de la criada del segundo.

ARTU. Por Dios, joven, á Vd. le han mentido una historia donjuanesca.

GLOR. Poco á poco; tengo aquí el indicador de sus galanteos. (Sacando un carnet del bolsillo izquierdo del delantal).

ARTU. ¡Un carnet!

GLOR. Un librito de memorias. Yo soy algo curiosilla. Oiga, oiga V. (leyendo). *Día tanto...*—la fecha no hace al caso—*De cómo el estudiante de los lentes*—las amigas lo llamamos á Vd. así.—*De cómo el estudiante de los lentes requebró al volver de una esquina al abad de San Lorenzo.* (Gloria ríe con carcajada de triunfo. Arturo se siente humillado; poco á poco irá sintiendo resurgir de sus pasados devaneos un afecto puro que comienza á incendiarle el alma. Las llamaradas de este incendio reflejarán fulgores dulces en el semblante del redimido-victorioso).

ARTU. Nunca sospeché que pudieran purgarse en media hora unos meses de frívolos galanteos. (Tratan-

do de tomar el carnet, que Gloria tiene entre sus manos). Me permite Vd. Gloria?

GLOR. (Retirándolo). No; podría Vd. leer en mí alma.

ARTU. No le he mostrado yo á Vd. mi corazón?

GLOR. Pero el corazón de Vd. hay que verlo en varias veces.

ARTU. Como los cuadros del Museo?

GLOR. O como las vistas de feria.

ARTU. (Apurando las últimas heces de su cáliz). ¿Quiere usted que terminemos?... (Gloria asiente, conteniendo un movimiento impulsivo de sus manos, que contra la voluntad de ella, amenazan oon cerrar la ventana) que pongamos fin á este torneo delicioso de su ingenio, en que ha logrado vencer al modesto *Don Juan* de suleyenda? (Pausa breve. Gloria lo mira con creciente gradación de luz en los ojos), No contesta usted, Gloria?

GLOR. (Dejando á la pasión que se desborde en una mirada intensa de luz extática, brillante). ¿Quiere Vd. que se lo de le tree?

ARTU. (Enagenado por la mirada de la joven, muda repentinamente el semblante, inundado ahora por la onda de luz del de Gloria; ¡un delirio de fuego!) No; míreme usted así y no me diga una palabra.

GLOR. Jesús hijo, ya quiere Vd. que enmudezca?

ARTU. Qué he de querer? Míreme Vd. hasta que el fuego de sus ojos me levante rosetones en la cara, y hábleme hasta que me aburra; que va necesitar más cuerda que un reloj de esos con cuatrocientos dias de marcha.

GLOR. No se engañará V?

ARTU. La felicidad no miente nunca.

GLOR. (Con ironía amorosa). Y ahora á festejar con los amigos este triunfo.

ARTU. No; á decir á todo el mundo que soy el hombre más afortunado de la tierra. Pero antes... tome Vd...; toma, Gloria, (entregándola flores mustias, postales y otros mudos trofeos de sus pasados amorios, sacándolos de entre las hojas del libro de texto, que para

algo había de servirle) no quiero conservar nada del ayer; los despojos de mis amores muertos.

GLOR. A mí, ¿para qué?

ARTU. Para que los guardes ó para que los tires; para que los conserves como trofeos de tu triunfo ó para que sirvan de alfombra á tus piececitos de reina. (Entregándole los últimos). Toma.

GLOR. Ingenio y palabras no te faltarán; veremos cómo te portas.

ARTU. Mejor que un reloj nuevo. Voy á ser más formal que un juez y voy á seguir tus pasos lo mismo que un perro de agua. Cambio completo, nena; antes de un mes no me conocen en la casa de huéspedes.

GLOR. Con tal de que te conozca yo.

ARTU. Tú sí.

GLOR. (Con intención). Ya lo creo.

ARTU. Ríete ahora, Gloria; quiero bañarme otra vez en la alegria de luz de tus ojos. (Rien los dos con risa contagiosa. Desde un poco antes habrán empezado á llegar á la pastelería varios estudiantes que se suponen amigos de Arturo. Uno de ellos, más despreocupado, se adelanta hasta dar vista á la reja retirándose enseguida, pero no antes de que se haya dejado ver de Gloria) Y ahora?

GLOR. A ver á tus amigos; míralos, ya se impacientan.

ARTU. Y me dejas ir así?

GLOR. Qué quieres?

ARTU. Algo tuyo... El carnet.

GLOR. Todavía no.

ARTU. Ese pañuelo.

GLOR. ¡Tan usado?

ARTU. Y un clavel, tampoco? (Señala á los que ella tiene en el pecho).

GLOR. (Tomando uno en la mano). Tú sabes lo que significa este clavel?

ARTU. Ni ganas; pero viniendo de ahí me dirá muchas cosas; por eso lo pido.

GLOR. Toma; ya puedes empezar otra coleccíón.

ARTU. (Besando y oliendo el clavel con no afectada complacencia). No gastes bromas, chiquilla; estoy más satisfecho que después de una cena con Champagne y más contento que con tres sobresalientes juntos. Ya puedes decir que le ha caido el gordo al pastelero: no va á echarme de aquí ni á maldiciones.

GLOR. Eso es menester. Hasta la noche.

ARTU. Adios, prenda. Si te dicen que han llevado á uno á la Casa de Salud, no te asustes; seré yo que estoy loco de felicidad.

GLOR. Que no te lleven hasta que me hayas contagiado de tu locura. Adios, Arturo. (Disponiéndose á cerrar).

ARTU. Adios... (Como queriendo romper en un piropo), adios... Gloria! (Mutis á placer. Gloria cierra la ventana. Arturo baja al proscenio para despedirse del público, como es costumbre. Dirigiéndose al «monstruo» en espera de lo que venga):

En prenda de su querer
he recibido esta flor
de manos de esa mujer;
no me amargueis el placer
de mi palique de amor.

TELÓN RELÁMPAGO.

DE JUSTICIA

Cumple á mi lealtad declinar en los intérpretes de este *palique* el honor de un éxito franco. Hablado como ellos lo hablaron, tenia que «llegar» y «llegó»; y el público que, sobre ser justo, suele ser también agradecido, premió la gracia y la gentileza de Concha Rustani y la naturalidad y gallardía de José Domínguez; dos artistas de talento, que hicieron de él gran derroche para avalorar *cosa* tan baladí, añadiendo un nuevo título á la amistad con que me honro en distinguirlos.

Conste también mi gratitud á la señora Cayre y á Luisito Domínguez, quiénes, en obsequio al autor, aceptaron el desempeño de papeles muy inferiores á su categoria y talento artísticos.



Precio: UNA peseta